



1. Un mínimo de pudor

CON ocasión de la noticia sobre la beatificación de Juan XXIII, al comienzo de septiembre, de golpe y porrazo el Vaticano II se ha puesto de moda. Nadie lo citaba, como no fuera algún despistado con aires de disidente que, para tantos, se avirozaba como quien desea remover aguas absolutamente dormidas. El Concilio iba reduciéndose al ámbito de un complejo y un tanto incontrolado acontecimiento del siglo pasado, ese siglo recién terminado y para muchos imagen solamente de toda la contrariedad posible para la dominante posmodernidad. De vez en cuando, en algún libro, a manera de cita perdida, aparecía un texto de aquella asamblea en la que los obispos centroeuropeos tuvieron un último protagonismo. Por lo demás, la espiritualidad actual, tan delicada ella, prefería echar mano de verdaderas fuentes eclesiales: Santo Tomás, Aristóteles, Mounier, Von Balthasar y Escrivá de Balaguer, entre otros reconocidos autores determinantes para el Cuerpo del Señor, la Santa Iglesia apostólica y romana. Y la verdad es que las cosas les funcionaban bastante bien.

Y de pronto, aparece el buenazo del Papa Juan, con su sonrisa y su impertinencia, para meterse nada más y nada menos que en el pelotón de esas personas admirables que llamamos beatos y santos cristianos. De refilón, reaparece también su concilio, el que promoviera con aquella libertad espiritual tan suya y que tan nerviosos ponía a los biempensantes del momento. Pero atención, porque se percibe en el ambiente unas ganas incontenidas de reabsorber el conjunto del Vaticano II y conferirle un sentido eclesial muy diferente al que tuvo: por aquí y por allá, unos y otros susurran que la auténtica doctrina conciliar se detecta en los actuales documentos vaticanos, puesto que los años transcurridos inmediatamente posteriores a la magna asamblea desmerecen de la misma y solamente condujeron a una manipulación de la misma. Ahora, sin embargo, puestas las cosas en su sitio por personas respetables y sensatas, ya es posible releer el conjunto de los documentos conciliares en paz y tranquilidad.

El acento se pone en el pudor, que es un don del cielo y relativamente infrecuente. Si se tuviera un pelín de pudor, se pararía el carro y no se procedería con esa vulgar apropiación de lo indebido. Moleste o escandalice a muchos, el Vaticano II fue el que fue, dijo lo que dijo e intentó lo que intentó. A cada uno, lo suyo. Pero de apropiaciones, nada de nada. En todo caso, será el feliz momento de recuperar el tiempo perdido por algunos. Que nunca perdieron la esperanza.

P. de P

2. Hay que ver

EL momento electoral ha sucedido ya. Estuvo anticipado por jornadas grises, carentes de la menor animación política, como si la cosa no fuera con los españoles, con la salvedad de quienes trabajaban por la causa popular, que al final ha impuesto su ley. Y como resultado todavía más concreto, resulta que los sociatas se han hundido en su buque de maderas viejas y repetidas. En el mismo instante en que un victimista Joaquín Almunia pregona su dimisión como hombre fuerte del puño y de la rosa, la cámara televisiva realizaba una breve panorámica sobre sus adláteres inmediatos: Císcar, Rubalcaba, Carmen Romero y otros rostros perfectamente representantes de la era del militante Felipe González. Tenía un cierto patetismo comprobar que todo seguía igual que antes, antes de las primarias, antes de Borrell, antes de la dimisión de Borrell, antes de los golpes de estado partidistas, antes de todo de todo. Siempre los mismos para los mismos y con los mismos, como si la historia no les hubiera pasado una cruda factura generacional.

Hace tiempo que algunos reclamaron un Congreso Extraordinario para modificar las maderas de tal buque. Fueron silenciados como traidores a la causa de quien es la sola causa. Es de esperar que ahora, después del maravilloso pacto con que desde la calle Ferraz se pretendió acortar el camino, ese Congreso tenga lugar, todas las voces socialistas sean escuchada, el partido adopte una clara postura sociopolítica y, en fin, caras nuevas aparezcan en su horizonte. Tal vez más inexpertas, pero nuevas. Aunque la próxima travesía del mar de la legislatura popular sea compleja y sumamente difícil.

Hay que ver lo que se ve. Un gran buque hundido por sus desgraciadas maniobras en el arte de la navegación política, iluminado por el refulgente brillo de su líder mítico, que paseaba por las plazas españolas sus todavía palabras de invención y diseño futuristas. Él debiera comenzar una egregia retirada, pero de verdad, permitiendo que nuevos pilotos cojan el timón socialista en sus jóvenes manos. Y, tal vez, decidan cambiarle la madera al buque para que sea capaz de navegar con soltura.

Hay que ver lo que sucede cuando se carece de sentido histórico: se pone en bandeja la mayoría absoluta del adversario. Hay que ver.

P. de P.

3. Cómo ha cambiado el amor

HACE años, una serie de años, los españoles contemplábamos en la escena algo desconcertante. Un hombre y una mujer, marido y mujer, arremetían el uno contra la otra y la una contra el otro demostrándonos hasta qué punto el amor es esa cosa tan densa, tan cruda, tan pasional como desde siempre nos habían contado en los libros pero nosotros no acabábamos de creer. Edward Albee había escrito un texto que nos dejó secos de radicalidad y desvergüenza propias y ajenas. Se titulaba nada menos que *¿Quién teme a Virginia Wolf?* y repercutía agriamente en los matrimonios de una España todavía dominada por fantasmas tradicionales al respecto: el amor, insistimos, era lo que era, una pareja era una pareja y tenía su cierta lógica que sucediera lo que sucediera. Porque cuanto estalla la pasión, somos fieras.

Han pasado los años y España ya es un país moderno. El amor ha perdido intensidad porque se ha convertido, para tantos, en materia de spot publicitario de yogures insípidos. La verdad es que, prácticamente sin tiempo de modernidad, nos hemos encontrado de bruces en plena posmodernidad, devaluadora y crasa. De nuevo, la obra de Albee aparece en nuestra escena. La gente que entonces era un tanto joven llena el teatro. Qué hermosura contemplar otra vez aquello de antaño, cuando éramos jóvenes y nos llamara tanto la atención... Pero no. El hombre y la mujer que se insultan y agreden casi físicamente e intentan llevar el matrimonio hasta su misma excrecencia parecen distintos, así como lejanos, extraños, exagerados. Amarse es mucho más fácil y menos truculento. La gente se separa y se divorcia, sin tanto follón y complicaciones inútiles. Estos tipos pertenecen a otro mundo, al mundo de las grandes pasiones de los años oscuros, de las canciones fétidas y de los dramas norteamericanos. Esto ya no se da.

En escena, un enorme Adolfo Marsillach y una aceptable Nuria Espert dan vida al esposo y a la esposa, al hombre y a la mujer. Resulta entrañable contemplarlos en su empeño por dramatizar el odio/amor que se profesan. Y uno, al salir a la calle, piensa que los años pasaron, que la dramaturgia ha cedido ante la comedia, y que la pareja que les acompaña, tan joven ella, solucionarán las cosas de otra manera. El amor en los tiempos del cólera ha dejado de existir. Caben, si caben, las revistas del corazón...

P. de P.